

Auguramos que la publicación de este libro gracias al esmero de su discípulo Yves Floucat favorezca la pronta valorización de los finos aportes de Fontan a la filosofía de nuestra época.

Mario Enrique Sacchi



Robert A. GAHL (Ed.), *Etica e politica nella società del duemila* (Roma: Armando Editore, 1998). 176 páginas. ISBN 88-7144-803-0.

Robert Gahl, natural de Estados Unidos, es profesor de ética en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma. El libro de cuya edición se encarga recoge las exposiciones y discusiones de las Jornadas celebradas en dicha universidad a comienzos de 1997. La pregunta que los expositores se plantearon fue cómo lograr una sociedad integrada a partir de culturas y concepciones del mundo diversas. En efecto, el multiculturalismo, con razón, es un tema recurrente en los ambientes filosóficos europeos.

En la introducción al libro el editor presenta el seminario partiendo de categorías definidas por Michael Walzer y Alasdair MacIntyre. La conciliación de las visiones morales particulares parece ser una utopía. En este libro se trata de pensar justamente en la posibilidad de superar el conflicto entre los principios universales de la justicia y los intereses personales. En algo están todos los ponentes de acuerdo. Se debe repensar la noción moderna del estado nacional, para arribar a una forma que permita promover la autodeterminación moral de los ciudadanos.

El sociólogo de la Universidad de Bologna Pierpaolo Donati propone una teoría relacional para explicar las acciones sociales. Luego de constatar la crisis del estado social, signo del fin de un proyecto epocal, surge la necesidad de expandir el espacio de las comunidades intermedias. Entre estas últimas tiene particular importancia la familia. Se trata de facilitar el nacimiento de una sociedad civil que surge del tomarse en serio las relaciones sociales. Necesitamos, afirma finalmente, una concepción supra-funcional, relacional, del bien común.

El profesor de la Universidad de Padua Antonio da Re presenta un panorama de las propuestas ético político actuales confrontando la teoría de la justicia de Rawls con el comunitarismo de Charles Taylor. La justicia prima sobre el bien o, a la inversa, el bien sobre la justicia. Sugiere ir más allá de un universalismo abstracto o un contextualismo, superando el modelo liberal mediante una concepción rica del bien.

El filósofo francés Henri Hude pertenece al Instituto Juan Pablo II para el Matrimonio y la Familia. Ensaya una relación entre la búsqueda del bien y un libre mercado sofisticado. Nos habla en concreto de un mercado «sensibilizado» frente a lo moral, de modo que perciba lo poco valioso como un déficit, y a la inversa. Propone alcanzar «un capitalismo estructuralmente moral que haga posible una reglamentación moral automática y libertaria» (p. 76).

Robert P. George es Profesor en la Universidad de Princeton. Vuelve sobre Rawls para criticar con solidez la posición adoptada en su libro más reciente —*Political Liberalism*—. Gabriel Chalmeta, de la Universidad de la Santa Cruz, sugiere la posibilidad de un diálogo que parte de algunos principios axiomáticos universales y conduce a una armonía de bienes siempre dinámica. Finalmente, el sacerdote norteamericano Richard Neuhaus sostiene la necesidad de informar el debate público con la virtud y los valores propios de la fe cristiana.

El volumen se cierra con las actas de los debates posteriores a las sesiones. La actualidad del tema es notoria. El tratamiento, interdisciplinar y con diversos enfoques, hace que el libro en cuestión constituya un valioso aporte para el estudio de los problemas de la sociedad multicultural.

Ricardo F. Crespo



Monserrat HERRERO LÓPEZ, *El nomos y lo político: la filosofía política de Carl Schmitt* (Pamplona: Eunsa, 1997).

Afirmar que «un pensador es asistemático» es un recurso muy utilizado y frecuentemente oculta cuestiones poco confesables para quien lo emplea. Téngase en cuenta, como primera consideración, que la presunción de sistematicidad siempre corre en beneficio del aludido, y a la vez, en contra de quien la niega, en razón de ser el primero una unidad indivisible —lo que se llama comúnmente *persona*— y el otro, alguien que posee una perspectiva externa a la concepción y lógica íntima de dicha obra.

La acusación de asistematicidad (excepto conocidas excepciones, la afirmación en cuestión siempre tiene este sentido) puede, en primer lugar, encubrir o disimular un conocimiento insuficiente de la obra del pensador, o bien la existencia de las dificultades objetivas o subjetivas para comprender su sentido unitario. El conocimiento insuficiente puede serlo de la misma obra del autor o de las circunstancias vitales en las que fue concebida. Es por lo genetal más fácil predicar la fragmentariedad *irreductible* a sistema, que esforzarse por dar una constitución coherente y articulable a los desarrollos progresivos de alguien que ha trabajado varias décadas en cuestiones que han llamado sucesivamente su atención. Muchas veces debe recurrirse, a modo de imprescindible falsilla, a la vida vivida del autor. Pero también, por la facilidad con la que se olvida la máxima aristotélica de *amicus Plato sed magis amica veritas*, dicha afirmación puede servir para evitar o atenuar críacas meritoriamente más contundentes contra el *corpus* del pensador estudiado, como por ejemplo, la existencia de desarrollos francamente contradictorios o incoherentes. Estas prácticas de *politesse* corporativa mal entendida son más frecuentes de lo que se piensa.

Dicho esto, también debe señalarse que hay autores más o menos dóciles a ser comprendidos en un sistema. Carl Schmitt (1888-1985) es uno de los rebeldes. Filósofo del derecho, constitucionalista, pensador político y estudioso de la guerra, poseedor de una obra extremadamente compleja, lle-